

---

Antonio Sánchez García

a

Tomás Vasconi

*"Harto quedé de doctas vacuidades.  
Vuelvo con gusto a ser el diablo".*

Fausto.

### ADVERTENCIA

Esta entrevista es un juego imaginario.

Puesto a la tarea de transcribir para su publicación una entrevista —esa sí: real— que me hicieran los estudiantes de filosofía de la UCV con ocasión de la celebración en Caracas del IX Congreso Interamericano de Filosofía, vine a caer en la cuenta que ella distaba de satisfacer las preguntas que ellos y nosotros, filósofos ocasionales presentes en el Congreso, andábamos haciéndonos por los pasillos de ese sitio deleznable que albergó las sesiones —el Caracas Hilton—. Decidí entonces ensayar unas respuestas más satisfactorias.

El resultado es este juego de ficción. Su carácter imaginario no me exime de responsabilidad por todo cuanto en él se afirma.

UCV:

*¿Cuál es la relación entre filosofía, sociedad y política en América Latina?*

ASG:

Como lo consignara Marx en su ya famosa tesis 11 sobre Feuerbach, agotada la función especulativa de toda filosofía pretérita, la única función posible que le corresponde históricamente a la filosofía hoy es ponerse al servicio de la transformación revolucionaria del mundo. Desde entonces, la filosofía se ha visto confrontada sistemáticamente a esta exigencia. No sólo ni principalmente por una voluntad del filósofo, sino una determinación histórica general. No se trata, por lo tanto, de que éste o aquel filósofo decidan ponerse al servicio de la transformación revolucionaria de la sociedad, sino de que el único sentido posible para la filosofía, si quiere permanecer fiel a su propia exigencia, es insertarse en el proceso de emancipación del hombre y contribuir a su buen éxito. Este es el contexto general en el que quisiera situar la respuesta a la pregunta que ustedes me formulan. El enmarca, inevitablemente, la relación entre filosofía, sociedad y política, sobre todo y especialmente en América Latina.

En rigor, la filosofía —en tanto cuerpo conceptual autónomo— no ha estado marginada del destino histórico del hombre, que es su propio y único destino. Pues es manifiesto que ella, la filosofía, como por lo demás todo universo conceptual, no tiene destino ni historia. La historia de la filosofía no es otra cosa que la historia de lo que el hombre ha hecho de y con ella, en función de necesidades que trascendían en mucho el ámbito estrictamente filosófico.

En este sentido, la historia de la filosofía es la historia de una cierta “complicidad” entre ella y la sociedad que la fundamenta. En rigor, el término complicidad es engañoso, porque sólo da cuenta de aquel momento en que la filosofía ha jugado un rol apologético. Pero ésta ha sido tan sólo una de las caras de la relación entre filosofía y sociedad. La otra cara, que es la que nos interesa, aquella de cuya tradición nos sentimos depositarios, es la dimensión crítica de toda filosofía auténtica, esto es: fiel al programa que ella, en tanto amor al saber, encierra. Porque la filosofía, el “amor al saber”, ha vivido ciertamente de la reivindicación inalienable a conocer las causas últimas y primeras que determinan el curso del desarrollo histórico del hombre. No se trata en ella, pues, de un amor abstracto, especulativo, a un saber igualmente abstracto y especulativo. Y es preciso recordar que cuando la filosofía ha asumido realmente y a plenitud éste su programa —ser el arma de la crítica— se ha visto obligada a rendir el tributo socrático. También los hay y no son pocos, los mártires de la filosofía. Son ellos quienes la han dignificado: los Giordano Bruno, los Galileo, los Gramsci— para nombrar sólo a aquellos que nos son más próximos. La filosofía no es más que un momento, el reflexivo, de la totalidad social, pero es necesario rescatar precisamente su dimensión trascendente, “metafísica”: ser la autorreflexión crítica que toda sociedad debe hacerse de sí misma. Hay en la filosofía, sobre todo en aquella que yo llamaría “ingenua”, la que culmina y perece con Hegel, no pocos ingredientes de psicoanálisis colectivo.

UCV:

*¿Pero qué es lo que llamas “filosofía ingenua”?*

ASG:

Aquella que creía posible reconstruir conceptualmente al mundo sin fisura alguna, olvidando que esa reconstrucción es producto del sujeto, presa él mismo de múltiples determinaciones que condenan su hermoso edificio categorial el destino de la pompa de jabón. En quien esta contradicción alcanzó el paroxismo, porque se da en la altura de la más vertiginosa lucidez es en Hegel. Marx resolvería el problema con dos o tres sarcasmos, como le era propio —mal que mal tenía que cargar con el resentimiento de todos los explotados de la historia—: “es el ser social el que determina la conciencia” y “los filósofos se han conformado con interpretar el mundo”, esa frase lapidaria contenida en el catálogo mortuario de toda filosofía especulativa. Filosofía ingenua o, mejor dicho, período ingenuo de la filosofía es aquel en que ésta no se encontraba atormentada todavía por la conciencia desgraciada que arrastra consigo la burguesía desde que echara por la borda la fanfarria libertaria con que llegó al poder, por lo menos en Francia. Hegel testimonia del período feliz de la infancia del capitalismo industrial. La Fenomenología del Espíritu es el espejo que la burguesía todavía osa enfrentar. Pero ya el mismo Hegel tiene que reemplazar el espejo por la baratija y el engaño. La filosofía ingenua da paso a la filosofía del consuelo. Con qué rencorosa amargura debe confesarlo el viejo Hegel: “cuando la filosofía viene a pintar su retrato gris ha envejecido ya una forma de vida. Pintándola en gris no se la rejuvenece”. A aquellos que ya por entonces —Marx recién acababa de nacer— le exigían a la filosofía se transformase en una arma de la transformación revolucionaria les entregaba Hegel un álbum recordatorio. Y anticipando la acusación que Marx le dirigiría 25 años más tarde a la filosofía especulativa responde Hegel, visionario hasta en su muerte, que “la filosofía anda siempre demasiado atrasada como para venir a enseñar cómo debe ser el mundo”. Tanto fue su atraso que algunos años más tarde se quedaría muda de la otra ribera de la historia.

UCV:

*Y Marx, ¿Qué papel juega en este proceso de transformación de la filosofía?*

ASG:

Desde un comienzo Marx se movió en el vacío dejado por la filosofía. La tromba Hegel, ese ciclón que arrastró tras suyo todo lo que cabía en la manga de la prestidigitación conceptual, tanto elevó la filosofía, que terminó por evaporarla completamente. Después de Hegel no había ya espacio para la filosofía. A lo sumo, para esta o aquella filosofía, pequeños reinos de fantasía comparados con ese imperio aterrador que fue el idealismo hegeliano. Era una época —y esto hay que recordárselo a quienes han osado intentar la repetición de la hazaña y no han logrado empinar-se por encima de un enanito de jardín— en que lo real andaba a la búsqueda de certificados de buena conducta que los departamentos de filosofía otorgaban, por lo demás, con la parsimonia germana: a razón de cuentagotas. La filosofía del Estado de Hegel no hallaba su excelencia en la aprobación que le brindaba el Estado prusiano, sino al contrario. El Estado prusiano podía dormir en paz porque su sueño era velado por el espíritu universal que Hegel, el buen burgués de pantuflas, casi tan metódico como Kant y como él tan cívico, había exorcizado.

No. Marx, que tampoco estaba dispuesto a que su genialidad delirante y atrabiliaria fuera arrastrada y ahogada por la corriente de la historia; él, que a los 20 años, según los testimonios, conocía mejor que ningún otro a Hegel en Alemania —lo que era no poco decir para un mocetón que andaba a trompadas con la Universidad, a tironeos con su padre y a poemas con su amada— sabía que el pensar filosófico (por darle algún nombre a esa voluntad de dominio intelectual del mundo) había sido definitivamente desterrado del reino de la filosofía. Marx supo desde su más temprana juventud intelectual que ya no había espacio para la filosofía y los filósofos. Imagínemonos, pues, que partió a la aventura de un nuevo universo conceptual como esos personajes que en los cuentos de Poe se escurren hasta las bodegas de algún navío anclado en Plymouth para vivir el delirante más allá del borracho incomprendido. Su empresa sólo puede ser comparada, sin embargo, a la de Colón, posiblemente como la de Freud sólo pueda ser comparada a la de Hernando de Magallanes: uno descubrió la redondez de la Tierra para que el otro la desenmadejara.

UCV:

*¿Pero existe o no existe la Filosofía?*

ASG:

Yo diría que luego de (Hegel) Marx no existe, no puede existir filosofía. A lo sumo algunas filosofías, cuyo ordenamiento y exégesis disciplinaria permite que estemos celebrando este Congreso de Filosofía. Hasta Hegel hubo filosofías únicas que se sucedían unas a otras según el orden del tiempo, engarzadas por medio de ese hilo conductor que Hegel llamaba la negación concreta. Pero ellas, como los guapos, no aceptaban rivales. ¿Se imaginan a Kant y Hegel bebiéndose una cerveza en una cantina de Königsberg?. No. Hegel podía ocupar un espacio casi común con Schelling, con Hölderlin, con Napoleón si hubiera sido necesario. Pero Hegel fue la filosofía de su tiempo, como Kant lo fue del suyo. Cada tiempo tiene su filosofía —universal y singular a la vez— o no tiene ninguna. El tiempo no se deja articular a través de parcelas filosóficas. A la filosofía le es connatural el imperio. Y no uno cualquiera, sino uno capaz de montar ese extraordinario artificio de hegemonía que es la filosofía. Felizmente, esa filosofía pertenece a la memoria. Marx se encargó de archivarle de una vez y para siempre.

Pero no se me malentienda. No es que Marx, puesto ante el vacío de filosofía, opte por la economía política. Es que el vacío de filosofía constituye el fin de una sociedad que podía permitirse el lujo del retrato filosófico. La filosofía había agotado ya su capacidad para rendir cuenta suficiente de lo real. Ese monstruo bicéfalo que es el capitalismo, la más artificiosa, explosiva, y universal bomba de tiempo jamás engendrada por el hombre, hacía vano, ilusorio todo intento de reproducción con la óptica artesanal de la ética, la metafísica, la estética y todas aquellas subdisciplinas filosóficas. Marx fue el único posthegeliano fiel a la sed totalizante de su maestro. Pero para serle fiel, como lo exige el rito más ancestral del hombre, tuvo que incurrir en el patricidio. A este crimen le dio el nombre de materialismo histórico. No sería perdonado jamás por la burguesía. La única y verdadera "filosofía" contemporánea a la historia real ha sido, desde el nacimiento del proletariado —tal vez el hecho más importante de la historia de la humanidad—, el materialismo histórico. Claro está que llamarle filosofía, sea bajo el rótulo harto barroco de filosofía de la praxis —uno de los pecados veniales del marxismo italiano— es cometer una enorme injusticia. Es medir un gigante con los cartabones de un pigmeo.

UCV:

*No obstante, estamos en un Congreso de Filosofía, existen Departamentos de Filosofía en todas las universidades del mundo y filósofos tampoco faltan. ¿Cómo te explicas entonces este fenómeno?*

ASG:

Así es: no sólo existen Congresos de Filosofía, sino que en ellos —como en éste, nuestro caso— el materialismo histórico se presenta, travestido de filosofía de la praxis, como una pariente pobre. La contradicción es más aparente que real, pero es una contradicción, al fin y al cabo, y debemos explicárnosla.

Pero aun suponiendo el caso que se tratara aquí de un Congreso de Filosofía de primera mano (y basta un poquito de rigor analítico para comprender que no es así, que en América Latina la filosofía es una ocupación de mercachifles), estaríamos asistiendo al marchandage de filosofías de segunda, de subfilosofías, de parcelas del conocimiento como aquellas, por ejemplo, que intentan rastrear la naturaleza científica-tecnológica del capitalismo post-industrial seducidos por los milagros de la computación. Véase la filosofía analítica y toda suerte de positivismos lógicos con que se presentan en nuestros congresos los ex becados en Estados Unidos. Pero como éste no es el caso, como nuestro Congreso de Filosofía más parece un encuentro de veteranos de guerra —de una guerra colonial en que ellos pelearon como mercenarios— no podemos elevarle estatuto y concederle sin más el atributo de filosófico. Imagínense un congreso de físicos discutiendo acerca de la existencia de la física. Pues el tema del congreso no fue la filosofía en América Latina sino la posible existencia o inexistencia de la misma. No, la existencia de un congreso de filosofía no es razón suficiente para la existencia de la filosofía, ni tampoco la existencia de departamentos de filosofía en nuestras universidades. A buen recaudo ha de estar la filosofía en dichos departamentos si quienes velan por ella son nuestros veteranos congresales!

La filosofía recibió un golpe mortal con el desarrollo del capitalismo industrial, del cual agoniza hasta hoy. En rigor, el acta de defunción que Marx le extendiera con sus tesis sobre Feuerbach fue prematura. Perdida su dimensión trascendente, esta filosofía de consuelo sólo podía sobrevivir vegetando entre los faldones de la historia, reclamando devoción al poder e intentando darle un enchape de dignidad, como lo han hecho no pocos filósofos y filosofías en lo que va corrido de historia desde Marx. La sobrevivencia de la filosofía post Hegel ha sido pagada con su

absoluta irrelevancia. La filosofía es una sobrevivencia histórica parasitaria, y de ella viven los filósofos como esos hongos microscópicos descubiertos no ha mucho en el cuerpo de Ramsés por los bacteriólogos franceses. Esto lo saben muy bien los administradores de la cultura, que entregan presupuestos a cambio de eficiencia. La pobreza franciscana en que se desenvuelve la práctica filosófica en nuestras universidades no constituye un signo de grandeza, sino de miseria. La filosofía, de ser depositaria de la conciencia crítica de la sociedad, ha comenzado a ser guardiana de sí misma. E insisto: esto, cuando se trata de filosofías de primera mano, no le cabe ya a la filosofía, como sí le cupo en el pasado, ser el eje de articulación de las genemonías, el cénit de las ideologías que le conferían base ética y moral al poder, la sustancia trascendente del mismo.

A pesar de eso, la filosofía subsiste. Parasitariamente, pero subsiste. Por autonomizado que esté el poder —banal y tecnocrático al mismo tiempo—, todavía requiere del contrapunto del humanismo burgués, del eco de una era que él mismo se encargó de pisotear con sus carnicerías contrarrevolucionarias, con sus andanzas coloniales, con sus camisas pardas y sus vietnamizaciones. No Carter, el de los cacahuates, pero sí Giscard, el snob, se permite el placer de invitar a una cena al Elíseo a la élite filosófica francesa, entre los cuales Roland Barthes. Todo sistema de dominación está construido sobre sedimentos ideológicos diacrónicos. La base del Poder es siempre disparate. En la de los actuales sistemas capitalistas avanzados —con excepción, sin duda, de los EE.UU.— la filosofía ocupa el sedimento más profundo y, por lo mismo, el más anacrónico.

UCV:

*¿Y en América Latina?*

ASG:

Bueno, en América Latina no ha existido ni pudo existir jamás filosofía. El pensar filosófico ha debido aproximarse a nuestra maltrecha totalidad con los instrumentos conceptuales más disparatados y es claro que a esos remedos de reconstrucción filosófica que han andado por allí buscando infructuosamente la naturaleza del hombre americano y todas esas barbaridades intelectuales, no corresponde llamar filosofía, ni tan siquiera práctica filosófica.

En cuanto a la relación entre filosofía y Poder en América Latina, es más que evidente la inexistencia de un nexo estructural entre una y otro. Sólo con escasísimas excepciones y en períodos muy cortos de la historia latinoamericana el Estado ha contado con algo así como aquello que Gramsci llamaba Hegemonía. Dada la naturaleza del capitalismo dependiente —la superexplotación del trabajo—, el Estado latinoamericano ha sido prácticamente coerción, y no precisamente de la más sutil. Si el Estado occidental, como bien lo demostrara Gramsci, constituye una ecuación de coerción y consenso —hegemonía acorazada de coerción—, el latinoamericano ha sido coerción acorazada de sí misma más alguna chapa de consenso. Aquí han sido los cuarteles y los ficheros de la policía política los que han oficiado de mediadores entre la sociedad civil y la sociedad política, no las cátedras o el periódico. En los países capitalistas centrales hasta la barbarie se revestía con las togas y condecoraciones de la filosofía: Heidegger instalaba a Hitler en el trono del SER y llamaba a los súbditos del Tercer Reich a pararle el oído con la devoción con que se presta atención al SER —la oreja del soplón, como la llamara Brecht— y Mussolini podía pavonearse también con sus viejos filósofos cortesanos. Ya con Franco la cosa tuvo sus límites. El viejo Unamuno, puesto en el límite de la indignidad por la barbarie mortuoria del franquismo, supo transitar con un gesto magnífico hacia su propia dignidad de intelectual español, mientras otros bufones y parlanchines, como Ortega, preferían guardar el discreto silencio de la burguesía.

¿Para qué y con qué filosofía habrían de poder lavarse las manos ensangrentadas los Pino-

chet, los Videlas, los Geizel?. Hasta la más reaccionaria de las filosofías requiere un mínimo de humanización en quien la practica o la instrumentaliza. Atribuirle a la “astucia política” de nuestros dictadorzuelos alguna dosis de humanidad —no en el sentido ético, sino en el sentido estrictamente antropológico del término— es concederles un atributo que no tienen. También las hienas saben caerle con astucia a sus víctimas. He llegado a sospechar que los militares chilenos, como tal vez todos los militares del mundo, pertenecen a una especie sui géneris de ser vivo. La domesticación castrense a la que se somete al adolescente parece retrotraer la especie a etapas ya sublimadas y reprimidas, que sin embargo están de algún modo vivas en el sujeto. Con el agravante que de ellas sólo quedan fósiles sin una estructuración cultural, una pura energía que dotada de los instrumentos más sofisticados de destrucción puede conducir a los pinochetazos. Así, los cuarteles han estado alimentando una jauría que no desperdició la primera ocasión para tomarse al Poder por asalto. El precio que habremos de pagar por este descuido es todavía incalculable. Y a pesar del desprecio manifiesto de la casta militar y civil que se ensaña hoy día sobre todo lo que huele a cultura, partiendo por el movimiento popular y revolucionario, la “filosofía” y los filósofos chilenos —digo: los departamentos de filosofía y quienes ofician en ellos de catedráticos— han guardado discreto silencio o sirven modesta y devotamente a los carniceros. Un mínimo de pudor debe quedarles todavía si han preferido mantenerse ausentes del Congreso.

Pero a pesar de todo: algunos intentos de práctica filosófica ha habido, ligados a proyectos políticos que se desvanecieron con sus portadores sociales, ese remedo de burguesía que ha parasitado de nuestra dependencia. Un trabajo importante por hacer es el de la determinación de la Hegemonía y los intelectuales orgánicos que han acompañado el ascenso, gloria y decadencia de las llamadas burguesías nacionales. No es casual la correspondencia entre los regímenes populistas en América Latina y los intentos filosóficos por reconstruir y reivindicar la “esencia” del hombre americano. Algunos intelectuales mexicanos han dado en esto no poco de sí, aunque es hora de reconocer que se trató de intentos tan vanos como los de la supuesta liberación a la que creían servir. Expresión tardía de esta enfermedad congénita al pensar filosófico latinoamericano es la llamada “filosofía de la liberación”, desviación izquierdista del nacionalismo burgués y populista. Su antimarxismo manifiesto la pone más al desnudo que cualquier crítica inmanente.

UCV:

*Pero aun así, tratándose de ocupaciones filosóficas “de segunda mano”, existe en América Latina algo así como filosofía. Llevamos por lo demás, un buen rato charlando sobre filosofía frente a este hall donde se celebra el IX Congreso de Filosofía. . . ¿Qué tiene que ver el marxismo latinoamericano con esa “filosofía” y qué papel le asignas a nuestro quehacer filosófico?*

ASG.

Quisiera repetir, en primer lugar, lo que me parece palmario, aunque una cierta tradición del marxismo insiste en desconocerlo: el marxismo no es una filosofía. No es ni una filosofía de la praxis ni una filosofía de la historia. Si alguna relación existe entre el marxismo y la filosofía ella se da a partir de una negación concreta: la del idealismo hegeliano y todo materialismo precedente por Marx. Pero esta negación concreta no se da en la inmanencia del ámbito filosófico, no permanece en el territorio ocupado hasta entonces por la filosofía. La conversión del marxismo en filosofía, esto es: en un cuerpo conceptual autónomo, autosuficiente y cerrado sobre sí mismo, sólo sería posible desnaturalizando su sustancia eminentemente histórica. Esto fue por lo demás lo que hizo Stalin al trazar los fundamentos del Diamat, pero entonces el marxismo —insisto: desnaturalizado en materialismo dialéctico— fue al Estado stalinista lo que la dialéctica hegeliana había sido al Estado prusiano: visión del mundo y religión de Estado. Mas a a de todas las “ortodoxias” de que ha padecido el materialismo histórico, éste constituye un instrumento

teórico-práctico en perpetuo status nascendi, que debe rendir permanente cuenta frente a sí mismo. Lo cual, por lo demás, no sucede en el escritorio, sino en las barricadas: es la práctica revolucionaria del proletariado la única instancia "contralora" de la verdad o falsedad de los postulados esenciales del marxismo; son los triunfos y derrotas del movimiento popular los síntomas de su vigencia y capacidad creativa, el testimonio de su actualidad histórica y de la capacidad de los hombres para elevarlo a la altura de las exigencias que laten en el seno de las profundas contradicciones de la sociedad.

Es cierto que Marx, al trazar los fundamentos de la crítica a la economía política sobre los que descansaría su universo conceptual, tejió una trama que reconstruía idealmente —es decir: despojado de los "accidentes" que le son, no obstante, inherentes— el esqueleto de la sociedad capitalista. También es cierto que esta reconstrucción ideal tuvo lugar en el "laboratorio económico" de Marx según indicaciones metodológicas y conceptos aparentemente abstractos y universales. Pero aun así: no estamos frente a una nueva metafísica o ante una nueva teoría del conocimiento. Estamos ante una indicación teórico-práctica: reconstruir conceptualmente la formación social capitalista en su concreción real para y a partir de sus propias contradicciones llevarla al punto de su superación definitiva: la revolución proletaria. Por otra parte, si Marx pudo y necesitó reconstruir ideal, abstractamente lo real es porque para él, la sociedad capitalista, porta todavía la mácula de la abstracción, de la falsa universalidad: el trabajo asalariado, es decir, el hombre despojado de atributos; el Estado, es decir, el ser social despojado de su inalienable derecho a la práctica política directa. Por eso mismo, lo abstracto en Marx es reflejo —aunque crítico— de la abstracción aberrante de una realidad "estructuralizada" en la cual las instituciones campean sobre el hombre y lo convierten en juguete de fuerzas incontrolables. Ahora bien, transformar ese reflejo crítico en virtud filosófica, pretender que también el marxismo constituye una construcción teórica válida *ad aeternum*, significa en los hechos capitular cobardemente ante el poderío de la abstracción negativa de lo real, aceptar servil y pasivamente como eterno lo que devino por la acción del hombre. Por eso considero no sólo impertinente sino aberrante destilar del materialismo histórico algunos conceptos esenciales, transcribirlos al lenguaje filosófico, ordenarlos con las clásicas etiquetas de la academia y llamarles luego "filosofía".

Es esta cobardía intelectual, disfrazada de soberbia, la que no aceptamos en el estructuralismo filosófico althusseriano. En cuanto a la filosofía de la praxis, a través de la cual Labriola y otros marxistas italianos de fines de siglo escaparon del neohegelianismo de Spaventa, no tiene por qué ser estatuida en cuerpo doctrinal. Es necesario someterla también a la crítica ideológica, considerarla como un momento del devenir de la conciencia revolucionaria del proletariado italiano.

UCV:

*Pero hay quienes consideran que la filosofía de la praxis es, por así decirlo, el momento de "autorreflexión" en el interior del marxismo, algo así como aquello que los alemanes llaman "Selbstverstandnis"...*

ASG:

El momento de autorreflexión en el marxismo no constituye una destilación ahistórica, no es la mirada filosófica que se echa el marxismo a sí mismo. El es el producto de proceso de crítica y autocrítica que sirve de regeneración a la teoría y a la práctica del proletariado en su lucha contra la burguesía. La autorreflexión marxista es el momento de autocrítica del proletariado en su proceso de lucha de clases. Este problema adquiere una enorme relevancia en períodos como éste que estamos viviendo precisamente ahora en América Latina, período que señala —con

la sola excepción de la revolución cubana— una derrota de proporciones histórico-universales para el proletariado y el movimiento popular latinoamericano. Porque ya ningún bienintencionado triunfalismo puede recubrir el hecho de la profunda derrota que hemos vivido y estamos viviendo, derrota de consecuencias todavía imprevisibles. Pueda que las responsabilidades inmediatas pertenezcan en mayor o menor medida a esta o aquella corriente del movimiento popular, pero sus consecuencias se hacen sentir por igual sobre los hombres del proletariado y todos aquellos sectores que, solidarios con su destino, compartieron la dura prueba de pretender el asalto al cielo. Y enfrentados a este, el más difícil momento de la historia de la revolución proletaria en América Latina, tenemos el imperativo categórico de someter nuestra acción pasada y presente al más riguroso y honesto juicio autocrítico. Sólo la capacidad de llevar a buen término este juicio puede garantizarnos sortear el temporal en medio del cual nos encontramos y avizorar ese horizonte de humanidad tras el cual han estado errando por siglos las masas explotadas de nuestro continente.

Este es el contexto en el que hay que situar el problema de la relación entre marxismo, filosofía y Poder en América Latina. No se trata, pues, de discutir especulativamente sobre la dimensión filosófica del marxismo, que se ha desarrollado en nuestro continente, por lo demás, a redopelo de la filosofía. Se trata de apresurar el proceso de reflexión crítica y autocrítica acerca de nuestra propia praxis, de desbloquear nuestra conciencia, sometida al trauma de una feroz e implacable represión, de generar los canales que permitan y faciliten la comprensión de nuestros actos: los colectivos, pero también y con el mismo rigor, los individuales. El problema estriba en que ese proceso encuentra enormes obstáculos en una izquierda ya casi habituada a la rutina del manual y la irresponsabilidad personal. Sorprende constatar que precisamente aquellos que han sido tan desprendidos con sus propias vidas, que han hecho del coraje personal un acto de fe y han escrito las más bellas páginas del heroísmo revolucionario en América Latina —pues nuestros pueblos sufren el terrible flagelo de necesitar héroes— carezcan tan a menudo de esa forma superior de coraje que es el coraje intelectual y sientan casi un horror por los combates autocríticos. Se trata de flaquezas revolucionarias que exigen ser corregidas y que serán, sin duda, corregidas. Pero para lograrlo se requiere de una lucha sistemática, que debemos librar aun a riesgo de volver una vez más a ser denotados por las buenas conciencias de la revolución como intelectuales pequeño-burgueses.

En cuanto a las filosofías que circulan, en una versión manida y deslavada, por nuestras universidades y llevan en ellas una existencia poco menos que indigente, tratando de sobrevivir mostrando una sonrisa a los carniceros, casi no vale la pena mencionarla. Sin embargo, hay que combatirla implacablemente como una falsedad doblemente ilusoria y, en nuestro caso, artificiosa. Como decía Brecht, **“se trata de enseñar un correcto pensar, un pensar que interroge a todas las cosas y hechos por su lado pasajero y modificable”**. Esta debe ser la divisa de nuestra pedagogía “filosófica” frente a la chatarra ontologizante a que se aferran nuestros filósofos del subdesarrollo, frente a su indigencia malsana hay que sumarse al llamado cortaziano:

**“Lo que cuenta, lo que yo he tratado de contar, es el signo afirmativo frente a la escalada del desprecio y del espanto, y esa afirmación tiene que ser lo más solar, lo más vital del hombre: su sed erótica y lúdica, su liberación de los tabúes, su reclamo de una dignidad compartida en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares”**.